y económico de los que la hacen y por la fuerza imponen su cumplimiento.

Intentar llegar por medio de la ley á la supresión del poder es, ó una ilusión vana ó un sofisma más de que se valen ciertos elementos que aspiran á sustituir en el poder á la clase que actualmente lo monopoliza.

No hay otro camino para acabar con la tiranía y el privilegio, que derrocar, revolucionariamente, el poder, y sin pérdida de tiempo expropiar la riqueza para quitar á sus actuales poseedores el instrumento que podría servirles para restablecer rápidamente el poder derrumbado.

Y una vez hecho esto reconstituir la sociedad sobre nuevas bases, bases de equidad y de justicia, que no necesitarán para sostenerse de un poder y una ley nuevos, incompatibles en un todo con aquéllas, porque hallarán su mejor garantía en la ausencia de la autoridad y de la propiedad privada.

Y esta sociedad es justamente la Anarquía, régimen de la verdadera libertad y de la justicia verdadera.

ALFONSO LOGO

Madrid.

LAS PRETENSIONES
del Catolicismo contemporáneo

Actualmente, en que casi en todos los países la Iglesia católica reanuda la ofensiva contra la sociedad civil, no deja de tener su interés conocer sus intenciones y averiguar en buenas fuentes qué reivindicaciones formula.

Este trabajo no ha sido difícil: con gran franqueza el catolicismo ha formulado su programa, y su representante máa autorizado, el papa, en comunión de ideas con sus inmediatos predecesores, las ha proclamado *urbi et orbe*.

Hé aquí como resume Pio X las pretensiones de la Iglesia (Encíclica *Gravissima* de 6 enero 1907.)

«Lo que hemos reclamado y reclamamos para la Iglesia, es el respeto á su gerarquía, la inviolabilidad de sus bienes y la libertad.»

Veamos como comprende el papado estos tres términos.

¿Qué entiende la Iglesia por el respeto á su gerarquía?

Pio X nos lo dice (Enciclica *Vehementer*, de 11 febrero 1906).

«Las Escrituras enseñan, y la tradición de los Padres nos lo confirma, que la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, cuerpo regido por Pastores y Doctores, sociedad de hombres, desde luego, en el seno de la cual se encuentran jefes que tienen plenos y perfectos poderes para gobernar, para enseñar y para juzgar. De ahi resulta que esta Iglesia es por esencia una sociedad DESIGUAL, es decir, una sociedad que comprende dos categorias de personas: los Pastores y el rebaño, los que ocupan un rango en los diferentes grados de la gerarquia y la multitud de los fieles. Y estas categorias son tan distintas entre ellas, que únicamente en el cuerpo pastoral residen el derecho y la autoridad necesarias para promover y dirigir todos los miembros hacia el fin de la sociedad; EN CUANTO Á LA MULTITUD NO TIENE OTRO DEBER QUE EL DE DEJARSE CONDUCIR Y, REBAÑO DÓCIL, SEGUIR Á SUS PASTORES.»

Podría tal vez creerse que esta obediencia ciega no concierne sino los «misterios de la fe», las «revelaciones sobrenaturales», pero no es así; toda actividad intelectual del hombre debe estar sometida á la autoridad eclesiástica. Pio IX lanza el anatema contra todo aquel que diga que *«la sumisión, á la que vienen obligados los profesores y los escritores católicos, se limita á las cosas que un juicio infalible de la Iglesia impone á todos creer como artículos de fe.»* (Encíclica *Quanta cura*, de 8 diciembre 1864, art. 22.)

Y no solamente el papado prescribe los resultados que deben perseguir los «profesores y escritores católicos»; les prescribe asimismo el método y lo impone á todos los creyentes:

«Anatema al que dijo: *el método y los principios según los cuales los antiguos escolásticos cultivaron la teología, no están ya en armonía con las necesidades de nuestra época ni con los progresos de la ciencia.»*

(Pio IX, encíclica, *Quanta cura*, art. 13.)

En estas condiciones nada tiene de extraño que la Iglesia reclame la presidencia de la teología sobre todas las demás manifestaciones de la vida intelectual. Así lo afirma León XIII en su carta apostólica *In Magna*, de 10 de Diciembre 1889):

«Todos sabemos que entre todas las numerosas ciencias... el primer sitio corresponde de derecho á la teología; tal como lo enseñaba la ciencia de los antiguos, las ciencias y las artes están sometidos á la teología y deben servirle de criados.» (ut inserviant ac velut ancillarum more famulentur.)

Y para fijar mejor esta tésis, León XIII designa á Santo Tomás de Aquino como uno de los doctores más importantes de la Iglesia. (Encíclica *Aeterni patris*). Pio X remacha todavía más esta idea. En su carta apostólica *Inpræcipuis*, de 23 Enero 1904, escribe:

«Todos los que enseñan filosofía en las escuelas católicas del universo entero, deben teder cuidado de no apartarse nunca del camino y del método de Tomás de Aquino y afirmarse en él cuidadosamente cada día.»

Pero la Iglesia no se contenta solamente con hacer que sea obligatoria la manera de pensar de un monje del siglo XIII, de imponer las creencias que ha proclamado hasta hoy; exije además que nos sometamos á sus doctrinas futuras:

«Es necesario, dice León XIII, atenerse con una adhesión inquebrantable á todo lo que los pontífices romanos han enseñado ó ENSEÑARÁN—quecumque Pontifices romani tradiderind vel traditurí sunt.» (Carta encíclica *Inmortale Dei*, de 1.° noviembre 1885.)

¿Puede someterse á semejante tiranía un hombre digno de este nombre?

⁂

La segunda reclamación de Pio X, en nombre de la Iglesia, es la inviolabilidad de sus bienes.

Inútil demostrar largamente que la Iglesia, en desacuerdo con las críticas de muchos «herejes», se reconoce todos los derechos en materia de propiedad temporal. Así Pio X lanza el *anatema contra todo aquel que afirma que «La Iglesia no tiene el derecho nativo y legítimo de adquirir y de poseer.»*

He aquí la principal argumentación jurídica que invoca en favor de este derecho de propiedad. La sacamos de Mateo Liberatore, de la Compañía de Jesús, autor que goza de gran autoridad en el mundo católico (1):

«La propiedad de la Iglesia es una propiedad sagrada. Más bien, es la propiedad de Jesucristo, del cual la Iglesia es el reino y el cuerpo místico. En virtud de la institucion de la Iglesia tal como la hizo Cristo, observa Suárez (2), los bienes dados á la Iglesia ó por ésta adquiridos, son adquiridos por Cristo, á título de propietario principal. No son, en efecto, adquiridos por la Iglesia sino en tanto que es un cuerpo místico, del que Jesucristo es el jefe principal. Por consiguiente, aunque la Iglesia tenga el poder para disponer de sus bienes, este poder no es más que ministerial. Deriva de Jesucristo y reside sobre todo en los pastores de la Iglesia, porque son los dispensadores de los divinos misterios y de las bienes de Jesucristo en este mundo. Asimismo los bienes de la Iglesia son llamados en todo rigor de la palabra: bienes de derecho divino (divini juris), cosas de Dios (res Dei), y como tales están fuera de comercio. Es la personalidad divina del Cristo, á la cual pertenecen del modo antedicho, quien les da este carácter. Los bienes adhieren á la persona y siguen las cualidades de la persona, como lo accesorio sigue á lo principal.»

Este título de propiedad invocado está, se convendrá fácilmente, sujeto á caución. No solamente todas las actas, contratos y testamentos faltan por completo—lo que se llama Nuevo Testamento es una reunión de escritos que datan por lo menos de una treintena de años después de la muerte del pretendido legatario—sino que, numerosos son los herederos que reclaman el legado en cuestión, cada uno pretendiendo ser el único propietario legítimo. Sin hablar de que el legatario, según las afirmaciones unánimes de los demandantes, resucitó—y por lo tanto vive—y debería consultársele sobre la atribución de sus bienes. En espera de una manifestación divina de este género, la sociedad civil está en su derecho de no tener en cuenta las reivindicaciones de la Iglesia católica referentes á esta supuesta propiedad de un Dios hipotético, trasmitida de modo incierto á un predecesor putativo del obispo de Roma.

(Concluirá).

(1) El Derecho público de la Iglesia. Traducido del italiano por Ang. Anclair, sacerdote. París, Retaux-Bray, 1888, páginas 281 y 282.

(2) Francisco Suárez, jesuita, 1548-1617, comentarista de Tomás de Aquino.

La Argentina ante la civilización

Es preciso conocer el país clásico de la inmigración latina para encontrar explicables los palos de ciego que allí se suministran á todo el que se presente digno.

Todo hombre que allí haga dejación de su personalidad, al realizar su desembarco, podrá marchar medio bien. De lo contrario, encontrará en cada argentino un mandarín y en cada mandarín un déspota.

Por eso no arraiga allí la gente culta, que suele ir impulsada por la curiosidad y tal vez por probar fortuna, pero que regresa á sus lares bastante mal impresionada, digan lo que digan en contrario Enrique Ferri, Blasco Ibáñez, Iraola y algunos otros turistas que han pisado el territorio argentino, han dado sendas conferencias sobre historia y sociología, y han vuelto á sus países con grandes cantidades de dinero, que era lo que buscaban.

La República Argentina sacudió el yugo de la corona de España en plena barbarie, prevaliéndose de la guerra de la independencia española contra Napoleón. Y sacudió ese yugo para atarse al yugo propio, pues la nistoria argentina de un siglo es la crónica del despotismo político impuesto por aquellos «patriotas» improvisados desde San Martín hasta Roca, sin excluir los hombres civiles desde Sarmiento hasta Figueroa Alcorta.

El argentino tiene la obsesión de que está en su casa, y cada uno en su casa hace lo que le conviene. El argentino no quiere saber nada del fundamento en que descansan las sociedades modernas, ó sea el respeto mutuo entre los hombres de todas las latitudes y de todas las razas, bastándole aprender la moda, los deportes, el juego y el derroche.

Y á pesar de que al inmigrante se debe la poca industria que el país tiene y el trabajo agrícola y pecuario que ha hecho nacer una producción que andando el tiempo ha de llegar á inundar al mundo, pues la riqueza natural del país es enorme, el argentino trata como inferior al hombre que tan hermosos milagros rea iza y de los cuales participa el mismo argentino en una proporción que le permite vivir sin trabajar y con lujo, y por ende, muy engreído de los progresos realizados en la República de treinta años acá, progresos, empero, que si se examinan seriamente, se reducen á haber refinado las razas caballar, vacuna y lanar, pues la industria puede decirse que no ha nacido aún allí, y la agricultura es reducidísima en una población de poco más de seis millones cuando caben en los tres millones de kilómetros cuadrados que tiene el país, alrededor de 150 millones de habitantes.

Son dueños muchos argentinos de extensiones considerables de terrenos, heredadas de sus abuelos, los fundadores de la patria, y cuyas propiedades se han valorizado bastante en estos últimos años; y los argentinos, sin esas condiciones, pero hallándose posesionados de los empleos públicos, que son muchísimos y bien retribuídos, ó ejerciendo oficios y profesiones parasitarias, enteramente improductivas, resulta la Argentina una sociedad abigarrada, tendente á perpetuar una oligarquía plutocrática y un nepotismo escandaloso, que dan á entender bien á las claras que el extranjero, por serlo, es un paria, y el argentino, también por serlo, un señor.

Si descendiésemos á detalles, el lector dudaría de nuestra buena fe y exactitud. Basta, pues, lo dicho como generalidad, para encontrar explicables las atrocidades que en la Argentina se cometen cuando los trabajadores protestan de tanta infamia como las que se cometen en aquella República. Hay una ley mal llamada de residencia, que es monstruosa aún ante quien tenga conocimientos de legislación y aficiones al ejercicio de la jurisprudencia. Parece una ley penal del tiempo del Fuero Juzgo.

Los comisarios de policía, unos verdaderos bandidos con mucha levita y mucho sombrero de copa, son árbitros para hacer sufrir los rigores de dicha ley á quien ellos toman por su cuenta. Y el procedimiento es bien sencillo, hélo aquí:

Se encierra en una prisión inmunda á quien se quiere encerrar: allí se le tiene ocho, diez, veinte días; se le da la libertad, pero á las dos horas se le prende en la calle y se le vuelve á encerrar en el mismo sitio. Otros ocho, diez ó veinte días de martirio, pasados los cuales, se le coloca en un buque con rumbo á Ultramar, sin siquiera permitirle llevar ropas para cambiarse ni despedirse de su mujer é hijos, si los tiene y cuya familia queda desamparada en el país clásico de la inhumanidad y de la perfidia...

Nación que así procede con el hombre que ha llevado á ella su óbolo para civilizarla, pero que se queja de la ingratitud con que se le trata, no merece llamarse nación: cuando más, merecerá el nombre de ergástula donde solo padece el hombre honrado, gozando á sus anchas los calaboceros de la política argentina.

Y en el entretanto, mucho de centenarios, mucho de banquetes, mucho de recepciones y farsas por todo lo alto...

F. DE OSCA

El 26 de julio

Estamos en una situación difícil para la publicación del número extraordinario, pues con el déficit que arrastramos en nuestros balances no podemos soportar el gasto que supone cuando además de ser doble el precio de su impresión, hay que añadir el importe del aumento, más los grabados; por otra parte tenemos recogida por donativos una regular cantidad y no podemos defraudar las esperanzas de los compañeros que han contribuido, tal vez para ayudar á que el número se expenda á cinco céntimos, en bien de la propaganda.

Para armonizar esta situación económica, agravada por los sucesos de la Argentina, donde enviamos una buena cantidad de papel, hemos acordado lo siguiente:

No publicar el número correspondiente al día 26 para poder dedicar á la confección del extraordinario el tiempo y el dinero que se recaba.

No servir los aumentos que de dicho número se pidan si no se pagan por adelantado ó se liquida lo que se adeuda á esta administración.

El precio, según lo prometido, será de cinco céntimos, *pero* es imprescindible *el apoyo pecuniario de todos.*

⁂

También estamos organizando para conmemorar esa fecha una función teatral, con obras de carácter social, cuyos detalles haremos públicos en el próximo número.

Siempre antipolíticos

Con todos los tonos y en todas las tesituras los profesionales políticos han cantado infinidad de veces la soberanía absoluta del individuo. La mayoría de éstos, afiliados como están á los diferentes organismos que la política tiene establecidos, no se han dado cuenta exacta de lo que el concepto de soberanía individual entraña en sí y de acuerdo con lo que sus directores continuamente les han hecho creer, han llegado al convencimiento de que el individuo era más soberano de sí mismo cuanto más ejercía el derecho del sufragio, cuanto más se apasionaba por la farsa política, que revestida con colori dos ropajes, los *meneurs* le presentan como una gran cualidad capaz de influir poderosamente en los destinos de la humana especie.

Si hasta la saciedad no se hubiese repetido, éste sería el momento de afirmar y demostrar que la política es la negación de la conciencia individual; que la política destruye la soberanía natural que el individuo lleva en su espíritu y que la política, con todas sus combinaciones pseudo-revolucionarias y sus mecanismos archi-legalistas, no estimulará jamás el advenimiento de ninguna idea compendiadora de un alto grado de libertad, de un grado máximo de justicia.

Así, pues, si es cierto que la humanidad está destinada á regenerarse; si es cierto que los individuos componentes de la misma han de gozar, en un lejano día, de todos los atributos anexos á su dignidad; si es cierto que las tiranías, que las injusticias, que las falsedades sociales han de derrumbarse y desaparecer para no resurgir nunca más; si es cierto que un futuro perfeccionamiento humano hará inútiles todos los convencionalismos que la iniquidad de los hombres ha hecho existir; si es cierto que el entronizamiento del bello ideal es una realidad para el porvenir, no será, probablemente, con los medios preconizados por los elementos políticos que los hombres acelerarán el triunfo de su idea. Será preciso para que la gran idea triunfe, llevar á término enérgicas jornadas, sangrientas luchas, heróicos encuentros con toda la inmensa caterva de pancistas que no tienen otra finalidad en el mundo que procurar el mantenimiento del actual modo de ser de la sociedad; será preciso librar batalla con toda la legión de seres para sostener los cuales parece haberse ideado la fórmula política con toda su balumba de farsas y mentiras.

Es indudable que la política anula voluntades firmes, que magulla cerebros hasta cierto punto equilibrados, que idiotiza hombres. No obstante, fijémonos en quienes son los que componen en su mayor parte los núcleos políticos observemos cual es el elemento social que mayor contingente de individuos proporciona á las filas políticas y nos encontraremos con que, para vergüenza de sí misma, la clase obrera es quien nutre con mayor abundancia el estómago de los vividores que con promesas que no se cumplen y panaceas que no se otorgan, adormecen las conciencias é infiltran en el espíritu de sus seguidores toda suerte de inmoralidades, de bajezas, de villanías...

El obrero, el productor, ha de permanecer alejado para siempre de todas aquellas instituciones que contribuyen á hacerle más repugnante la *tristeza del vivir;* el productor debe obrar siempre por cuenta propia, sin directores que lo encaminen ni pastores que lo conduzcan: el obrero sólo debe tener una preocupación: su mejoramiento. Para conseguirlo, para llegar á convertir en realidad lo que tendría que constituir su anhelo, es de efectos más prácticos un sólo acto de rebeldía individual que todos los aparatosos movimientos que las masas políticas organizadas realicen. Hasta adquiriendo caracteres tumultuosos y sangrientos, una lucha política, dado el caso de vencer los partidarios de una política *buena*, la victoria es de efectos negativos para la justicia y para la libertad, pues la política triunfante forzosamente tendrá que sostener, más ó menos reformados, los mismos atributos y las mismas instituciones que la política vencida sostenía.

Verdaderamente es incomprensible, mejor dicho, es ridículo contemplar cómo individuos que permanecen esclavizados van tras la ficción política y á ella se entregan, creyendo, con la mayor buena fe, que por medio de un cambio de instrumentos de tiranía gozarán de la libertad que les es necesaria para manifestarse libremente y con arreglo á su voluntad y manera de ser. Es necesario estar dotado de un mayúsculo grado de imbecilidad para explicarse perfectamente cómo hay hombres que abandonan su propio asunto, su particular problema para defender el problema de los demás, para sostener unas opiniones completamente opuestas á lo que constituye la base racional y lógica de la cuestión social.

Es una farsa indigna; es una mentira monstruosa; es una aberración estúpida creer que el hombre pueda hacer prevalecer su soberanía dentro del estado político. Siempre los estados, para afianzar su sostenimiento, apelarán al esclavizaje de las leyes; siempre los estados dividirán á los hombres en castas; siempre los estados tendrán en cuenta las absurdas divisiones geográficas contrarias al hondo sentido humano que entre los hombres debiera prevalecer; perennemente el Estado constituirá una abierta contraposición á los principios favorables al advenimiento de una época contraria en absoluto á todos los dogmas, preceptos y convencionalismos dignos de una sociedad corrompida. Es inútil, por lo tanto, la vana pretensión de los políticos al querer moralizar y regenerar el Estado. ¿El Estado lo componen los hombres?... Pues el Estado debe llevar forzosamente en sí la infección producida por sus partidarios y defensores, el Estado debe estar impregnado de todos los vicios, miserias y vilezas que componen el bagaje embrutecedor del hombre.

Siendo, pues, incorregible el Estado, procuremos anorrearlo, anulemos su influencia, desterremos los políticos, sus sostenedores. Sólo así lograremos la emancipación de las conciencias; sólo así será estable la acción puramente social realizada por los elementos antipolíticos.

JULIO CABALLÉ

Reflexiones

Los católicos aseguran que no se mueve la hoja del árbol sin licencia de su Dios. Pero como yo niego á ese Dios y á todos los demás, resulta que—según los católicos—Dios se dispensa el gustazo de que yo le niegue, toda vez que me lo permite, ó, más claro todavía, que Dios se niega á sí mismo, por intermedio de mi boca y de mi pluma. Sin duda los católicos hacen á su Dios superlativamente gracioso y suicida, con las aseguraciones que sustentan.

⁂

La vanidad—que es cosa muy distinta del orgullo y hasta de la soberbia—constituye uno de los mayores males que con más extensión y fuerza trastornan, desorientan, empequeñecen y hacen infeliz á la Humanidad. Los propagadores de los ideales de Progreso, que llegan á claudicar en grande ó pequeño grado, suelen hacerlo más por vanidosos que por interesados. El infantil anhelo de emborracharse con aplausos, en su mayor parte irreflexivos, lleva á muchos y hasta entonces buenos luchadores de la Libertad á sitios y posiciones á que no les llevaría acaso ningún otro apetito, por enérgico que fuese. Refiriéndome á nuestro campo, creo que, cuando socialistas de Estado y libertarios lleguen á curarse de la vanidad, habráse dado un ciclópeo avance en la ruta hacia la Revolución social.

⁂

Más que con nadie, debe importarnos el ser sinceros y leales con nosotros mismos, porque este es el único modo cierto y seguro de serlo con los demás. Así, empeñándonos y habituándonos á no engañarnos á nosotros mismos, será como aprenderemos á medir en todo nuestras fuerzas y capacidades, con lo cual evitaremos caer en fracasos y aparentaciones, que pronto ó tarde habían de ser descubiertos. No hay vida exterior bien cimentada, si no se apoya en la correspondiente y precisa vida interior.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO

Béjar (Salamanca).

ESCUELAS POPULARES PEDAGÓGICAS

Todos los pensadores convienen en que los estudios pedagógicos están llamados á resolver el complejo problema cuya solución ha de orientar á los pueblos en el mar de confusiones que la lucha por su prosperidad y por su progreso les ocasiona.

¿Pero es la escuela la que exclusivamente ha de realizar la prolija misión de llevar á la práctica el fruto de estas delicadas investigaciones? No.

La educación, como afirma Rousseau, mana de tres fuentes: la Naturaleza, los hombres y las cosas, y sería necesario que el Maestro armonizara estos tres principios haciéndolos contribuir á un mismo fin para ser responsable de la obra educativa de su escuela, pero no puede hacerlo, y huelga demostrar que en absoluto no podrá nunca.

Ya por las deficiencias del Maestro, pues no todos son aptos para desempeñar este sacerdocio, ya por los innumerables obstáculos que la familia y la sociedad pone á la débil labor educativa, desgraciadamente la semilla que esta arroja no fructifica, porque el mal abonado campo en que la siembra, á más de no ser cuidadosamente vigilado, le destruye la labor primera por aquellos que precisamente son más obligados á secundarla.

En la imposibilidad de encomendar á la escuela la verdadera educación integral, hay que dejar en sus manos sólo la didáctica, reservando á los padres la obra principal: ¿pero cómo es posible que la mayoría de los padres puedan educar bien á sus hijos cuando acabamos de decir que no son aptos para ayudar al maestro secundando su labor educativa? Hé aquí el problema.

La inercia intelectual, la aversión á los trabajos mentales para el verdadero conocimiento de las cosas, así como el mal método en los estudios, la mala elección de los que á cada cual convienen según su capacidad ó disposición, las doctrinas sofistas y, sobre todo, las preocupaciones y afecciones desordenadas llevan al hombre como de la mano por la senda de la ignorancia y del error, y esta es la causa que priva á la generalidad de los poderes de cumplir con el asunto más importante de su vida, la educación de sus hijos. Estos niños, pues, serán hombres de defectuosa educación, que no acostumbrados desde su infancia á ver la realidad y á sobreponer el juicio á la imaginación y al sentimiento, formarán una familia tan deficiente como aquella de que proceden y el conjunto de estas familias, una sociedad tan esclava como las anteriores.

Aunque á simple vista parezca muy difícil llegar á armonizar las influencias de los agentes educativos mencionados, podemos asegurar, sin temor á error, que si conseguimos sacar la Pedagogía del estrecho círculo que se le ha señalado, y sus conocimientos se generalizan hasta llegar á hacerlos populares, se habrá hecho bastante y no serían pocos los beneficios que reportara á los pueblos la difusión de tan importantísima ciencia.

Estas enseñanzas, dadas por profesores competentes y en clases nocturnas á los adultos de ambos sexos, con preferencia á los padres y madres de familia, hablan de tener un carácter puramente educativo, dirigiéndose especialmente á borrar las preocupaciones históricas de otros tiempos, á enseñar á percibir la realidad analizando los hechos é investigando las causas, y á juzgar y discernir aun en los casos que la inteligencia se oscurece por las pasiones.

La implantación de estas enseñanzas es empresa muy factible, pues bastaría declararlas obligatorias en las actuales escuelas de adultos, ofrecer gratuitamente profesores á los ateneos y sociedades obreras de instrucción que con este fin lo soliciten y habilitar varios locales convenientemente preparados para conferencias, clases, certámenes y concursos, rodeando estos actos de la atracción necesaria para que puedan estimular á todas las clases sociales.

La real orden de 6 de julio de 1888 y el real decreto de 18 de noviembre de 1907, encaminados á favorecer la cultura general y profesional de los maestros, no soluciona nuestro problema, pues las conferencias á que aluden son destinadas exclusivamente á los profesionales y peritos en materia pedagógica.

Que la empresa habría de tener éxito, no es dudoso, si hay profesores de prestigio y verdadera vocación, que auxiliados debidamente por las corporaciones y por la prensa, sepan dar á sus enseñanzas un carácter que sea de tanto atractivo para el pueblo como lo son los mitines y conferencias sobre política que, salvo rarísimas excepciones, se celebran de cuando en cuando sin otro fin que recabar del incauto pueblo el material apoyo que ha de satisfacer las ambiciones de un partido ó beneficiar los intereses particulares.

ALFREDO ELÍAS VARELA

Suma... y sigue

También ha sido denunciado el último número de TIERRA Y LIBERTAD. Lo esperábamos: no porque en él publicáramos nada delictivo, sino por... la costumbre.

Realmente, y dicho sea en honor de la verdad, no era tan molestada la prensa no ministerial en la época maurista, como lo es en esta de democracia canalejista.

Tenemos ya dos procesos por la jurisdicción militar y no sabemos cuántos por la civil.

El artículo denunciado es el que lleva por título «Para los de Alicante»; de nuestro compañero Manuel Olcina, de dicha población.

Siga el fiscal denunciando, que nosotros seguiremos escribiendo.

El Rebelde

La casualidad, la fortuna ó como queráis llamarle, hizo que naciera en suntuoso palacio y lo meciera dorada cuna: no dorada por los astros del rayo de la vida, ni por el fuego del amor: dorada por el oro que su padre amontonaba con la vil explotación de sus obreros.

Y el niño creció. Con el crecimiento del cuerpo se desarrolló su inteligencia, y las enseñanzas de privilegio que pretendían inculcarle, estaban en pugna con los dictados de su naciente razón, que quería y no se atrevía á rechazar la injusticia.

Llegó á la edad adulta y más de una vez lo sorprendió su padre, situado en la puerta de la fábrica, cabizbajo, semilloroso, contemplando mudo la entrada ó salida de los obreros de su padre, que jamás consideró como suyos, encorvados, macilentos, y las mujeres que, unas paliduchas, semitísicas; otras adelantadas en su embarazo ó con el niño en brazos, corrían afanosas, desalentadas al oir el silbato de la máquina.

Formóse su razón, y comprendiendo que aquel mundo no era su mundo, pensó en huir, pero avergonzado de su cobardía resolvió quedarse y luchar.

Los disgustos con su padre tomaron carácter serio, llegando en ocasiones á dudar de su propia fortaleza ante la pasividad aparente en que su espíritu se mantenía.

Considerándose deshonrado ante la sociedad que en su imaginación se formara, de ser hijo, si bien contra su voluntad, de un explotador que desconocía en absoluto los deberes del hombre para con sus semejantes: mirado con desconfianza por los obreros de la fábrica de su padre cuando de regeneración les hablaba; con recelo por los, cual él, hijos de explotadores, con los cuales tenía forzado conocimiento, y desconociendo que existiese un núcleo de hombres que en la justicia creen y por la justicia luchan, nuevo Sansón, decidió derribar aquel antro en que tenían albergue todas las bajas pasiones, todas las miserias humanas representadas por la avaricia sin límites de su padre, la despótica tiranía de los contramaestres y la estúpida resignación de los obreros.

Y un día, un hermoso día de primavera en que el sol doraba con sus rayos la cuna que en otro tiempo doró el oro que su padre amontonaba con la vil explotación de sus obreros, durante las horas de trabajo, cuando su padre con voz extentórea daba severas órdenes y profería terribles amenazas; cuando los contramaestres corrían aturdidos y rabiosos buscando obreros á quienes castigar ó despedir, y éstos, todos, bajando la cabeza trabajaban con mayor ardor en tanto caían sobre ellos las injurias con que los obsequiaban aquellos sus verdugos, y regaban con su sudor hoy, la máquina que mañana mancharían con su sangre, el hijo del patrón, el rebelde, el justo, ardiendo su cabeza en santa indignación y saltándosele el corazón del pecho por un desbordamiento de amor hacia la humana especie á tal punto degradada y envilecida, hizo explotar la potente máquina de vapor que accionaba toda la fábrica, propagóse el fuego al edificio, y habiendo anterior y premeditadamente atrancado todas las puertas, allá perecio su padre, los contramaestres, los obreros y él entre todos.

Al día siguiente, cuando el público se agolpó para contemplar aquel terrible apiñamiento de cadáveres y comentar hiperbólica y erróneamente la catástrofe, un curioso observador creyó ver en la cara del propietario la congestión producida por la desesperación y la rabia de la impotencia; en la de los contramaestres la lucha producida por los esfuerzos hechos para salir de aquel infierno á que por su despotismo se creían condenados; en el rostro de los obreros, en unos el atolondramiento, en otros la resignación de quien considera un bien aquel suplicio momentáneo que les hacía el favor de librarlos del eterno calvario á cuya cumbre jamás acababan de subir. La faz de nuestro protagonista aparecía serena, plácida, tranquila, como la del hombre que ha cumplido una elevada misión. Sus ojos estaban abiertos y en su boca se dibujaba la sonrisa de desprecio y de lástima que en vida sintió hacia una sociedad en la que no cabía su ilimitado amor á la justicia y al bien.

RÁPIDA

La bestia humana ha añadido dos páginas más, salvajes como todas las suyas, á su voluminosa historia que, hasta ahora, viene siendo la historia de la humanidad.

Dos hombres, en Cádiz, «por amor», el uno ha matado á tiros á «su mujer» y el otro ha dejado moribunda á golpes á la «suya».

El primer salvaje, después de ejecutar su «valerosa hazaña», ha vuelto el arma contra sí y, afortunadamente, se ha matado. Quizá la única obra beneficiosa que haya llevado á cabo en su vida el individuo en cuestión, haya sido el suicidarse.

Hechos como estos que me ocupan, los encontraréis á cada paso. La que debiera ser dulce compañera del hombre, es la sierva del macho. La carne que debiera ser acariciada en voluptuosos amores, es rasgada por el puñal, perforada por el plomo, acardenalada y macerada por la vara. Y pasan los años, el hombre sigue siendo el hombre bestia, y la mujer es propiedad que gime aherrojada.

Pobre de la hembra que, cansándose del hombre con que se casó, la inmensa mayoría de los casos sin amor, llegue á poner sus ojos en otro hombre. En caso tal, el marido, que tal vez haya inoculado en el cuerpo de «su mujer» el virus de alguna enfermedad prostibularia, levantará airado la diestra y, esgrimiendo el arma homicida, se convertirá «en médico de su honra», recibiendo el aplauso de una sociedad estulta.

Y es lo más triste, que estos aplausos no serán dados solamente por manos hombrunas, sino que saldrán también de manos femeninas.

¡Ah! Cuántas veces he oído brotar de bocas de mujeres en casos como los de Cádiz: ¡Le está bien por ser una «mujer mala».

En cuantos casos he hablado con algunas sobre amor libre y emancipación femenina, han sonreído burlonamente y al quedarse solas han dicho: ¡Vaya un cabrón que está hecho este hombre!

Desgraciadamente, son muchas las mujeres que creen no ser amadas sino reciben los golpes del macho, y son muchas las que suspiran anhelantes por el autor del «crimen amoroso» cuyo relato leen en la crónica sangrienta del diario.

¿Hasta cuándo vamos á seguir así hombres bestias? ¿Hasta cuándo vais á continuar esclavizadas, hembras necias?

LINO CUESTA

Madrid.

De Villanueva y Geltrú

Esta villa, que en otros tiempos gozó fama de liberal, parece que debido á la indiferencia de los elementos progresivos pronto nos veremos obligados, si no queremos emigrar, á ir con el escapulario colgado del cuello.

Los hombres de elevada representación *democrática* toman parte en las procesiones y sus correligionarios, en lugar de protestar del hecho, lo aplauden, por ser, según ellos, de alta conveniencia para los intereses del partido.

Y si en la lucha religiosa sucede tal bochorno, casi otro tanto puede decirse de la lucha societaria. Aquí se tiene miedo al burgués para asociarse, y el obrero, en gran mayoría, prefiere ser resignado para ser bien visto de quienes le explotan y considerado persona de buena conducta.

Su única preocupación es pasar el tiempo tranquilos en las sociedades recreativas entretenidos con los naipes é ignorando, pongo por caso, que á una suscripción no se le llama *captiri*, como generalmente la llaman los obreros de esta localidad.

Obrero como soy, siento indignación á tal indiferencia, y como albañil de oficio desearía que todos los obreros pertenecientes á este ramo estuviésemos asociados para hacernos respetar como nos merecemos, pues ante esta arma el burgués se tambalea y podríamos alcanzar las mejoras que de derecho nos pertenecen.

Obreros: dejaros de indiferencias y asociarse para ayudar con la palanca solidaria á derrocar religión y capital.

UN OBRERO ALBAÑIL

Pro Ferrer Pro hombres

El paciente carecía de enfermedad y, en vista de esto, el doctor ahorróse la medicación. Pero á pesar de que los hombres fusiláronle y la tierra sepultóle en sus entrañas, no murió. Vivió, vive y vivirá. No hay que negar que no ha dejado de existir; que su esencia háse impregnado en nuestros corazones, en nuestros cerebros, en nuestras vidas...

La tierra háse engalanado: en su seno atesora el cuerpo de Ferrer Guardia... La tierra desmaterializase: tiene ya alma. No está cansada de dar flores. Campoamor.

—

Pues, compañeros racionalistas; creo se ya de todo punto imposible dar más plazo á la realización del plan que expuse, hace pocos días, en las columnas de este periódico. Es necesaria cierta actividad; mi proyecto no admite demora de ninguna especie. Veremos, pues.

El fundador de la Escuela Moderna creó su obra con auxilio del racionalismo: es obra buena. ¿Ha sido duramente castigada por el represivo régimen que algunos gobiernos poseen para premio de sus subordinados? No lo niego, no... Pero afirmo que el racionalismo no ha muerto; que la obra no ha sido completamente destruída. Pues... recapacitemos. Existe el medium de redención; firme aun conservase el monumento: desencadenémonos. Cierto es que el cuerpo de Ferrer fué bañado en sangre; que su masa encefálica fué destrozada á balazos... ¡Pero su materia alimenta la tierra; su obra nutre existencias, espiritualiza: no morirá! Hay que trabajar con mucho ahinco. Lo que deploro es que existiendo tantos jóvenes anarquistas, tantos jóvenes hombres, todos empéñense en ser niños. O ser ó no ser. ¿Comprendido?

Compañeros: No es tan mezquina, tan pobre mi idea para que únicamente pueda contar con la sincera adhesión de Julio Caballé, de San Celoni.

Enaltezcamos á Ferrer Guardia. No permitid que por los políticos sea pronunciado su nombre: ellos matáronle y ahora intentan demostrar que compadécenle. Temo que el arrepentimiento acosa la conciencia de algunos. No queráis que tema, también, con la leve politiquización de nuestros sentimientos.

A trabajar, á trabajar. A hacer bien.

JUAN MARTÍN

Barcelona.

Desde Buenos Aires

Desde la cárcel de Azcuénaga (Buenos Aires) nos envía el compañero Joaquín Hucha un largo artículo, que en parte publicamos, suprimiendo la relación que hace de los sucesos, por haberlos ya publicado en números anteriores.

Dice así:

La Federación Obrera Regional Argentina, teniendo en cuenta la conmemoración del centenario de la revolución de mayo de 1910, que proclamó la emancipación política de una parte del continente americano, que logró destronar á los reyes católicos que dominaban estas comarcas, y teniendo en cuenta que á pesar de regirse aquí con la constitución más libre del mundo, cantándose los principios democráticos á todos los vientos, pero que los hombres que están entronizados en las alturas del poder político pisotean diariamente los preceptos de la misma carta orgánica, y de aquella revolución que fué la primera diana de las libertades americanas, resolvió no coadyuvar al sostenimiento de tanta farsa.

En Europa hay aun partidos políticos que por su propia ambición de escalar el poder combaten la tiranía de los que gobiernan, pero aquí ni eso sucede; aquí los únicos que hacen guerra directamente contra todo somos los anarquistas, que desde la tribuna, la sociedad gremial y el periódico levantamos el espíritu del pueblo, encaminándolo hacia la revolución futura que ha de conquistar la emancipación económica y social para toda la especie humana, y en esta emergencia con más razón, puesto que se trataba de reconquistar libertades mancilladas, y á nadie más que á los anarquistas les incumbía imponerse contra todos, hasta contra los mismos socialistas que también se habían coaligado á la prensa mercantilista obstaculizando la campaña humanitaria iniciada por los anarquistas contra la Ley de residencia, por la libertad de los presos por cuestiones sociales y por el indulto de prófugos y desertores del ejército.

Desde hacía más de dos meses, la Federación Obrera Regional Argentina y los diarios anarquistas *La Protesta* y *La Batalla* venían agitando la opinión pública para exigir á los poderes constituídos las tres cláusulas arriba mencionadas aprovechando la oportunidad del fausto aniversario patrio; y advirtiendo que no hacíamos los anarquistas otra cosa que interpretar la obra iniciada hace un siglo por los patricios que proclamaron la independencia política de este pueblo.

Durante dos meses, por término medio, se efectuaron diariamente asambleas grandiosas donde los oradores libertarios caldeaban el espíritu popular, y los domingos realizábanse mitins en diversas plazas públicas con un éxito extraordinario, pues el pueblo anhelaba lo mismo que nosotros, que la inhumana ley desapareciera y que las víctimas que estaban en la cárcel, como asimismo los prófugos y desertores, volvieran al seno de sus familias

Por fin se constituyó un comité de agitación que de acuerdo con el Cons